



Aurora González mira un retrato de su hermana Hortensia.



Diego Ramírez, en su casa de Sabadell rodeado de fotografías.

Los años de los 300 casos sin resolver y está ahora en sobreseimiento provisional

animaron a ir de fiesta.

Aurora siempre esperaba despierta a Hortensia. Ese día se entretuvo preparando los regalos de Reyes y en el silencio de la noche escuchó a gente correr de un lado para otro del acuartelamiento. «Pensé lo peor. Vino el guardia Miguel Maestre, —un amigo de Antonio que meses después también fue asesinado en otro atentado—, y se me abrazó llorando mientras me decía que habían ametrallado el coche de mi cuñado». Hortensia, era la sexta de siete hermanos, estaba estudiando y vivía siempre que podía muy unida a Aurora. «Era una joven muy simpática y alegre. Todavía hoy sus amigos de San Roque guardan como recuerdo en sus casas fotos de ella», recuerda.

Las familias de Aurora y Diego se rompieron aquel 6 de enero de hace 40 años. A Antonio le enterraron en Sabadell donde vivían sus padres, él también miembro de la Guardia Civil. Desde ese día, no han dejado de visitarle en el cementerio, los primeros años a diario. Últimamente, su madre, ya viuda y con 92 años, lo hace con menos frecuencia, pero busca fuerzas de donde no tiene. En aquel momento Diego Ramírez renunció a un destino en Cazorla por ocuparse de unos padres destrozados que en aquellos años apenas recibían ayuda. «Mi familia tuvo que hacerse cargo incluso del arreglo del coche ametrallado que aún conservo como otra reliquia. Mi padre pagó al mecánico y a un chapista que yo conocía. A nosotros no nos ayudó nadie», lamenta.

Fundación Villacisneros

Este doble asesinato integra la larga lista de casi trescientos crímenes de ETA aún sin esclarecer. En este caso, sin embargo, hace casi dos años, el juez de la Audiencia Nacional Ismael Moreno reabrió la investigación. La Fundación Villacisneros, en nombre de Aurora González, presentó un escrito contra la prescripción de ambos asesinatos, el primero de una larga lista de casos que esta entidad ha pretendido reabrir. El asunto está en manos del abogado Santiago Milans del Bosch, que explica a este periódico que ahora se encuentra en sobreseimiento provisional a la espera de que el análisis del archivo de ETA entregado por Francia arroje alguna luz. «Si hay materia se llevará a juicio, pero hemos salvado el tema de la prescripción. Es un paso importante», reconoce.

Aurora González es realista. «Siempre he peleado para que se sepa la verdad», explica, mientras reconoce con gran pesar que «es muy difícil que se pueda encontrar a los asesinos». Si les tuviera delante, no sabe la reacción que tendría, pero asegura que les diría «de todos». A la pregunta de qué pensó cuando conoció la disolución de ETA, Diego Ramírez lo tiene claro: «Tenía que haber pasado antes y se hubieran evitado muchas desgracias y muchas familias destrozadas».

Una bala de ETA guardada desde hace 40 años

«Aún conservo un proyectil y un paquete de Ducados manchado de sangre», desvela el hermano de un guardia civil asesinado junto a su novia en Beasain en 1979



Estado en el que quedó el Renault 5 tras el ametrallamiento en Beasain. Portada de EL CORREO del 7 de enero de 1979.

:: EFE / E. C.

Diego Ramírez y Aurora González, hermanos de 'los novios de Cádiz', relatan cómo la banda destrozó a sus familias una madrugada de Reyes

■ A. GONZÁLEZ EGAÑA

SAN SEBASTIÁN. En la cantina del cuartel de la Guardia Civil de Ordizia, hubo un tiempo en que los agentes guardaban, a modo de homenaje, objetos relacionados con sus compañeros asesinados por ETA. Allí quedaron depositados, hace 40 años, un proyectil y un paquete de Ducados manchado con sangre, que habían sido hallados en el coche en el que fueron acribillados a tiros, en Beasain, los conocidos como 'los novios de Cádiz': el agente Antonio Ramírez Gallardo, tarrañero de 24 años, y su pareja, Hortensia

González Ruiz, de 20, de San Roque. Era el día de Reyes de 1979.

Diego Ramírez, hermano del agente asesinado y guardia civil de tráfico, confiesa hoy, por primera vez, que guarda aquellos dos objetos en su casa como si fueran una reliquia. «Los vi en la cantina, me dijeron que eran de mi hermano y, con permiso del guardia que estaba ese día de camarero, me los llevé. Nunca se los he enseñado a nadie, ni a mi padre, ni a mi mujer...», relata. La bala, 9 mm parabéllum marca Geco, quedó incrustada en la carrocería y está manchada. No cree que sirva ya como pista.

La noche del 5 de enero, Antonio y Hortensia habían quedado para ir a bailar a la discoteca Sunday. Al salir del local, hacia las tres menos cuarto de la madrugada, ya día de Reyes, se montaron en su R-5 amarillo para regresar a sus domicilios. Nunca lle-

garon. El vehículo se detuvo en un stop, en el cruce entre las calles Esteban Lasa y Mayor (hoy kale Nagusia), tras recorrer apenas doscientos metros desde la sala de fiestas. En ese momento, dos terroristas se colocaron en los laterales y les ametrallaron. Fue cuestión de segundos, pero los suficientes para vaciar sus cargadores. Antonio recibió ocho impactos de bala y Hortensia diez. A pesar de que el claxon estuvo pitando durante 20 minutos, «nadie se atrevió a auxiliarles». Finalmente, tres jóvenes que pasaban por el lugar los trasladaron, ella con un hilo de vida, a la clínica San Miguel, de Beasain. Hortensia tampoco logró sobrevivir.

Un mes después del atentado, Diego Ramírez coincidió en una vuelta ciclista con un teniente que había estado en el lugar de los hechos de paisano y le explicó que por la postura en que quedaron los cuerpos,

se deduce que «Antonio intentó proteger a su novia. Trataban de hacer de parapeto, se abalanzó sobre ella cubriéndola. Quedaron tendidos como si estuvieran abrazados».

La pareja se había conocido meses atrás en Beasain y se enamoraron. La misma noche de Reyes, antes de salir del cuartel, Antonio le regaló una alianza y una medalla. «Se la iba a haber dado el día de los enamorados, pero estaba tan ilusionado que no podía esperarse. Muchas veces he pensado que aquello fue premonitorio», repasa Aurora González, hermana de Hortensia y casada también con un guardia civil destituido en Ordizia. Recuerda que la joven, que había ido esas Navidades a visitarles, estuvo a punto de no salir aquella noche porque estaba programada una manifestación y pensaron que era mejor quedarse en casa. La protesta fue desconvocada y se